

CAPÍTULO XVII.

Preludios de grandes operaciones.—Primeros heridos y muertos del ejército español.—Eduardo Butler.—Carta general Prim á sus amigos.—Efecto que en estos produce.—Organización de los voluntarios de Cataluña.—Su embarque en el puerto de Barcelona.—Se embarcan también en él de Pasajes los tercios vascos.

La sangre que ha derramado en Africa nuestro ejército, ha sido poderosamente fecunda en resultados. Las ventajas alcanzadas desde que se inició la campaña, son tan claras como innegables. Nuestras tropas han luchado con los elementos, con las inmensas dificultades topográficas que ofrecía un terreno fragoso, con un enemigo que tomando consejos de su fanatismo, y confiando en la superioridad de su número y de sus posiciones se consideraba invencible.

A pesar de estas desventajas, á pesar de los obstáculos imprevistos que siempre surgen al inaugurar una guerra, y que no puede evitar la inteligencia mas ilustrada ni el celo mas esquisito; á pesar de la incertidumbre en punto á la llegada de los refuerzos, han conseguido la palma del triunfo cuantas veces han medido sus armas con las de los marroquies. A nadie puede ocultarse, ni aun á los mas ilusos y preocupados, la inmensa fuerza moral que dá á un ejército una serie de victorias obtenidas en condiciones tan desfavorables. Pero hay en favor de nuestras tropas otra consideración mas fuerte y que constituye una garantía firme de los futuros progresos.

Noveles y bisoños como eran, podia temerse, sin poner en duda su denuedo y su ardimiento, que les impresionara en un combate decisivo la singular táctica de los africanos, su impetuosidad formidable y el terrible aparato dramático con que se lanzan á la

pelea. Hoy este temor no existe; no puede concebirse racionalmente. Los españoles, en las sangrientas refriegas que han sostenido con el enemigo, á alguna de las cuales pudiera darse sin hipérbole el nombre de batalla, han adquirido la seguridad y el aplomo de las tropas veteranas, conocen los recursos militares de los moros y sus estratagemas y ardidés: saben el medio de inutilizar sus desesperados esfuerzos, y se presentan en el fuego, con la cabeza levantada, con el corazón henchido de entusiasmo y con la conciencia plena de su superioridad.

Si por un conjunto de circunstancias, al abrirse la campaña, esas tropas se hubieran visto comprometidas en un combate decisivo, hubiese sido verosímil un revés, porque la intrepidez natural, cualidad histórica de los soldados españoles, no basta á veces para prevenir los primeros efectos de la sorpresa. Pero lo que era verosímil á últimos de noviembre es completamente improbable en la actualidad; nuestro ejército familiarizado con todo género de peligros, y habiendo recibido una educación guerrera, terrible si, pero altamente útil en el campo, como del Serrallo, se halla en disposición de arrollar en todas partes á las masas marroquies.

La hora de emprender las grandes operaciones, consecuencia inmediata del movimiento ofensivo ha sonado ya. Los árabes están vencidos moralmente, y la derrota moral de un enemigo produce siempre su derrota material. El pueblo africano tiene tanto ardor en la ofensiva como debilidad en el infortunio. Esta es la condición de todos los pueblos bárbaros. Las hordas de Atila que habian pasado como un torrente sobre la superficie de Europa, arrastrando cuantos obstáculos hallaban á su paso, sucumbieron para siempre en los campos Catalánicos. Las mismas legiones de árabes que amenazaban llegar hasta el corazón del continente europeo, se detuvieron primero ante la terrible maza de Carlos Martel, y despues ante las espadas de los Alfonsos VIII y IX. Desde entonces quedaron como un cadáver político y militar, que no pudo galvanizar ni el génio ni el valor de algunos monarcas moros.

El primer individuo de la clase de tropa que cayó herido en el campo africano, fué el sargento primero del batallón cazadores de Talavera, número 5, D. Juan Gutierrez y Garcia, el cual fué recompensado sobre el campo de batalla con el grado de subteniente, siendo trasladado al dia siguiente al hospital de Málaga donde se halla, aun en estos momentos que escribimos, curando

de sus heridas causadas por una bala que le atravesó la ingle derecha. Este sargento es natural de Sepúlveda, en la provincia de Segovia, siendo uno de los pueblos que ofreció la cantidad de 4,000 reales para el primer herido que hubiese del mismo. Probablemente también tendrá derecho á algunas otras recompensas hechas para la primera clase de tropa que resultase herida.

El sargento Gutierrez por su comportamiento en las ocurrencias de Madrid el año 1856, fué agraciado con la cruz de San Fernando de primera clase, pensionada con 30 reales al mes.

Está también averiguado de un modo oficial, que el primer soldado que sacrificó su vida en Africa en defensa de la noble causa que á aquel pais ha servido nuestro ejército, fué el soldado Pablo Riazuelo y Baza, de la compañía cazadores del segundo batallón del regimiento de Granada, natural de Laguarda, provincia de Huesca, hijo de Pablo y Teresa. Su coronel el señor Trillo, dice hablando de este soldado: —«Riazuelo ha sido el primer muerto que ha tenido el ejército en esta lucha, y sucumbió á cuatro pasos del enemigo atacando á la bayoneta: era muy buen soldado, muy querido de sus compañeros y sus gefes, y en general ha sido llorado por todo el regimiento.»

Los padres de Pablo Riazuelo han sido pensionados por su provincia.

Creemos que nuestros lectores verán gustosos la carta que con fecha 19 del pasado dirigió á su familia desde el campamento africano el malogrado don Eduardo Butler, agregado al cuartel general. Dice así:

«Querido hermano: Nada sé de tí y te escribo poco menos que á caballo. El dia 17 entró en fuego nuestro buen amigo el general Ros de Olano, que se ha portado como un valiente. No bien oí los tiros corrí á su lado y no pudo disimular su contento á mi presencia. Tres veces me mandó retirar del fuego, que en verdad era bien sério, pues oíamos las balas en todos tonos y direcciones.

Te aseguro que son asombrosas la serenidad y disposicion de este bizarro general.

La tropa muy contenta, belicosa y en buen sentido; el general O' Donnell es siempre el hombre de los momentos supremos. Impávido en el combate y previsor en las medidas, goza, y con justicia, de la entera confianza del ejército.

Verdad es que, fuera de la liza, el general se convierte en padre del soldado.

Cuando no está en accion, se le encuentra en los hospitales de heridos y coléricos, consolando á unos y socorriendo á otros. Si alguna parte de la imprenta pudiera prescindir por momento de las posiciones políticas, debería proclamarle á una vez héroe de la patria.

No tengo tiempo más que para encarecerte de mis entrañables afectos á esa queridísima familia, y ofrecerse hasta la muerte tu amante hermano. —

EDUARDO.

El que esto escribia era un jóven de 25 años, de prodigiosa y varonil belleza, claro talento, valor á toda prueba, alegre continente y angelical carácter.

Hijo del cónsul inglés de Tetuan, nació en dicho punto el Ramadán ó sea pascua de moros, por lo que le llamaban sherif, equivalente á santo. Muerto el padre y trasladándose á España la familia, fueron inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para arrancarle de su pais natal. Quedó en Africa, y adorado de sus habitantes, pasaba la vida cruzando á su pueril antojo las escarpadas cumbres que separan á Tanger y Tetuan, cuyas poblaciones formaban los alambres de la jaula que aprisionaba aquella existencia tan libre de cuidados como risueña y juvenil.

Su inmenso prestigio sobre los moros, su inteligencia en los usos, costumbres y lenguaje del pais, y su profundo conocimiento de un terreno que habia recorrido palmo á palmo desde su niñez, le hicieron alhaja de esquisito valor para la empresa que la España ha acometido en defensa de su honra.

Un digno general, jefe de uno de los cuerpos de ejército que operan contra Africa, propuso á la familia, que existe en Madrid dependiente del real patrimonio de S. M. la Reina, la adquisicion del espresado jóven en favor de nuestra causa. Sus hermanos accedieron gustosos á la invitacion, á fuer de buenos españoles, y trataron de hacerle venir, aun cuando desconfiaban del éxito por considerar hártito difícil hacer olvidar á Eduardo el amor y las simpatias que experimentaba hácia las frondosas colinas y tranquilas playas de la que ayer fué su patria y hoy su tumba. Para ello apelaron al sentimiento más pronunciado del alma del jóven, al honor, sentimiento que entre las rocas y las selvas se habia conservado tan puro como la perla dentro de su concha.

Le escribieron «que un asunto en que mediaba la honra de la que siempre era su familia, necesitaba de su apoyo, que acudiera sin demora al sitio que se le designaba, si queria llevar sin mancha el nombre de su padre.» Sus otros hermanos de Cadiz le mandaron uno de los vapores de su propiedad á Tanger con la carta, y puesta en sus manos no fué menester más; metióse al momento á bordo, sin mas ropa que la puesta, dejando abandonados sus humildes pero para él suficientes intereses, en Tetuan, y

trasportóse á Cadiz, donde se le dijo:—«En Madrid te esperan,» —y sin mas esplicaciones partió para la corte.

Fáltanos decir que los hermanos de Cádiz obraban de acuerdo con los de Madrid pues todos tenían empeño en arrancarle de aquel suelo que les privaba de un objeto tan querido y de tan inestimable valor.

Llegó á la corte, abrazó tiernamente á sus hermanos con esa pureza de alma que no habian podido modificar los combates sociales, y preguntó con avidez cual era la circunstancia que le hacia necesario á la honra de los suyos. Antes que se le pudiese de manifesto el inocente pretesto que motivó su venida, se presentó el general á que habia aludido, avisado oportunamente, y con la elocuencia que tanto le distingue, le patentizó la justicia de nuestra causa, los deberes de la santa religion que Eduardo profesaba, la imperiosa necesidad de ceder á los eficaces ruegos de toda su familia avecindada en España, y una parte de ella dependiente de su augusta Reina. Su cuñado, con quien se crió, dos hermanas y cinco sobrinitos, completaban el solemne cuadro que se ofrecia á la vista espantada del jóven, y despues de haberse anublado varias veces su espaciosa frente y juguete de mil encontradas sensaciones, se arrasaron sus ojos de lágrimas y tendiendo su mano al general y abrazando á toda su amorosa familia, se puso á disposicion de aquel, que le condujo á presencia del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de ministros, hoy general en jefe, donde despues de varias esplicaciones sumamente satisfactorias, quedó adherido á nuestra santa causa.

Ni puestos militares de elevada graduacion, ni sueldos, ni intereses de ninguna especie, quiso admitir; la única exigencia que hizo fué la siguiente: *Ni mi nombre, ni mi honra, dijo, me permiten ir como un espia al lado del ejercito español: iré sin caracter oficial, pero iré á batirme. Quiero que mis paisanos vean les ataco con las armas en la mano, noble y lealmente, y exijo los puestos de mayor peligro en el combate.* Esta peticion le fué otorgada por el digno general O'Donnell. Volvióse á casa de su familia no queriendo admitir el hospedaje que le ofrecian en la suya el referido general, fué visitado y tratado por personas de la mas alta gerarquía. y todas quedaron prendadas de su varonil belleza y simpático carácter. Muchas tardes, en sus horas de tristeza, recordaba con voz entrecortada y acento melancólico su casa de Tetuan, sus armas y caballos, su huerta siempre llena de flores. Aquella alma pura, abandonaba á veces su cuerpo; pero por la

palabra, y en alas de su fantasia, atravesaba el espacio para ir á posarse en las arabescas molduras de su moruna vivienda y en los pétalos de aquellas flores que los ojos de su dueño no volverán á ver jamás. Las canciones que entonaba á solas en el recinto de su cuarto, eran todas árabes y en son tan melancólico, que mas que un canto de vida, parecian un himno de difuntos.

Llegó por fin la hora de partir: despidióse llorando, y un fatal presentimiento, oculto á duras penas, acudia á sus labios de entre los que salia envuelto en una amarga sonrisa, dirigida á neutralizar las sospechas de su augusta familia.

Llegó al campamento acompañado al general O'Donnell, en cuya compañía estaba; asistió á todos los combates, y el dia 17 se batió al lado del general Ros de Olazo, segun se desprende de la carta antes copiada. El 20 por la tarde volvió á batirse junto con el espresado general, quien lo escribe asi: pues ya se ha dicho que siempre que este amigo suyo entraba en fuego, corria á su lado á participar de sus peligros, y el 21 á las nueve de la mañana era cadáver, victima, segun se dice, de una fulminante enfermedad.

Habia sido condecorado con las cruces de Isabel la Católica y Carlos III.

La patria ha perdido un valiente, el ejército un poderoso auxiliar que le hubiera sido sumamente útil ante las murallas enemigas en la guerra y en la paz, sus hermanos el idolo de su cariño y sus amigos el mas leal y puro de todos los corazones.

Que á su muerte alcance la paz de su vida y no aparezcan tan negros los lutos que desconsolada viste su apreciable familia.

El *Diario de Reus* publicó la carta del general Prim que trasladamos á continuacion y en cuya lectura juzgamos se complacerán nuestros lectores por el decir franco y animoso que caracteriza á nuestro ilustre compatriota. Dice asi:

Campamento del Serrallo 18 de diciembre.

Sirva esta para mis amigos, pues no me es posible escribir á todos, y hoy puedo hacerlo porque por el malísimo tiempo (24 horas que está lloviendo) estoy metido en mi tienda. Ya saben Vds. que tengo la importantísima mision de abrir caminos, y tan importantísima que sin ellos es imposible adelantar. He puesto en comunicacion los campamentos con los elevados fuertes y estos entre si, de modo que á donde subiamos á la desfilada y con gran fatiga, sube hoy la artilleria montada. Por los periódicos sabreis que estoy haciendo él de Tetuan y que llega ya hasta Castillejos; un